

Santiago, 27 de Octubre de 1982.

Señor
Agustín Edwards E.
Director "El Mercurio"
Presente

Señor Director:

En sucesivos comentarios de la Semana Política de "El Mercurio" y particularmente en las ediciones del 10 y 24 de este mes, se analizan las actitudes de las fuerzas de oposición frente a la realidad política del país.

El comentario del 10 de Octubre se refiere directamente "al principal conglomerado opositor, el Partido Demócrata Cristiano" y el del 24 trata de las aparentes diferencias que existirían en la oposición respecto a un eventual debate político.

"El Mercurio" hace bien en plantear este tema, y al abordarlo de esta manera, se obliga a dar a conocer la posición de la Democracia Cristiana, directamente aludida. Por ello, esperamos que publique esta carta que lleva la intención de contribuir constructivamente a iniciar un debate que se viene proponiendo desde varios sectores.

El problema no es semántico, no se trata de abandonar "sutilezas de lenguaje". Enunciar así las discrepancias con el régimen es más que ligereza, es desconocer lo que ha sucedido y sucede en Chile. El problema es de fondo, de profundo contenido moral y político.

En incontables oportunidades -todas las que se le han dado- la Democracia Cristiana ha precisado con toda claridad su posición. Estima indispensable: - iniciar de inmediato, el proceso de instauración de la democracia que debe comenzar con el término de los regímenes de emergencia que han enterado nueve años; - restablecer en plenitud las libertades de expresión y de opinión y los derechos de reunión y asociación, eliminándose las medidas que los restringen; - restablecer igualmente el pleno respeto a la libertad personal y a la seguridad individual, eliminándose las atribuciones "de facto" que se han otorgado a la CNI para detener e interrogar a personas; - poner término a las expulsiones de nacionales y dar justa, adecuada y urgente solución al dramático problema de los exiliados; y - la asunción cabal por parte del poder judicial de la tutela de las libertades personales, que constitucionalmente le corresponde. Estas medidas no son el establecimiento de la democracia, pero hacen posible crear las condiciones para establecer las bases políticas necesarias, incluyendo el estudio y libre discusión de la legislación sobre partidos políticos, a fin de enfrentar la aguda crisis que el país está sufriendo. La democracia no puede esperar el año 1989.

Esta es una posición clara y definida porque la Democracia Cristiana es irreductiblemente de demócratas; y entiende por democracia la que así se define y se practica en los países democráticos de Occidente. Cualquiera otra concepción no pasará de ser un vano intento de interrumpir o postergar inútilmente el proyecto histórico iniciado en 1830. Es preciso reconocer que debe corregirse los vicios del pasado porque la democracia es un proceso de perfeccionamiento colectivo e individual. Debe buscarse un mejor equilibrio entre el momento de la fuerza y el momento del consenso, entre la unidad de la Nación y la pluralidad que contiene, entre las autoridades y la libertad de las personas, entre los derechos de la sociedad civil y la función de los partidos políticos, entre el Estado y la iniciativa y propiedad privadas, entre el dinamismo creador de los empresarios y la participación de los trabajadores, entre la necesaria función de las fuerzas armadas, en lo que atañe a la seguridad de la sociedad de la cual forman parte, y la autoridad política.

Esta tarea, que no debe dilatarse, ha de estar inspirada en la tradición histórica de Chile que fue digna, porque fue un ejercicio progresivo de democracia.

Nueve años de interdicción no sólo son excesivos por lo que significan en costo moral humano y social. Con el correr del tiempo se ha cumplido lo que oportunamente enunciamos: la experiencia terminaría en una aguda crisis como ha sucedido siempre en estas situaciones. Chile no tiene proyecto político, se sigue sometido a la misma arbitrariedad inicial y todos los grandes problemas nacionales e internacionales están postergados. La situación de los derechos humanos es, este año, peor que en 1981, la cesantía llega a niveles absolutamente inaceptables, la industria, la agricultura, la construcción, comercio y el transporte están paralizados, según declaran los propios afectados. No hay país en el continente cuyo producto caiga como el de Chile. Y por segunda vez en nueve años. Es el propio Ministro de Hacienda, que participó como empresario y banquero del triunfalismo del "modelo", quien declara el fracaso de la política económica seguida hasta la fecha, enumerando parte de sus causas, sin proponer nada substancial para el futuro.

La realidad que denunciamos no gusta a las autoridades ni a quienes se dejaron seducir por el modelo. No puede agradar a ningún chileno. Chile debe ser una patria para todos. Quienes queremos la democracia, la libertad y la justicia, quienes queremos colocar la economía al servicio del país y organizar el esfuerzo de todos para dar trabajo digno a los chilenos, no podemos seguir aceptando ser considerados como ciudadanos de segunda clase. Por ello estamos de acuerdo en el llamado a un debate nacional serio bajo las condiciones que hemos señalado.

Su diario insinúa que dentro de la Democracia Cristiana hay diferencias frente a estos temas. Es tiempo de que se sepa que existe plena unanimidad para apreciar lo que hay que hacer. Por otra parte, El Mercurio en su comentario del día 24, dice: "La oposición carece de significación política real en la

actualidad". Es ésta una argumentación que traspasa la ironía para acercarse al sarcasmo. A este respecto puede asegurarse que la Democracia Cristiana, sin existencia legal, no es algo pequeño. Es un conglomerado inmenso, inserto en todos los ámbitos geográficos y sociales del país, que crece con renovado vigor, porque sus postulados fundamentales, libertad, democracia, estado de Derecho, empleo, justicia social, solidaridad, participación y pluralismo son compartidos y constituyen aspiraciones del grueso de la población. Evidentemente, no tiene significación real política porque su expresión política está prohibida. ¿Será necesario recordar que cada vez que sus dirigentes se han pronunciado han sido castigados con prisión o exilio administrativo indefinido?

¿Cómo se pueden "aceptar franca y lealmente las reglas propuestas" sugeridas en su comentario, si esas reglas castigan, precisamente, el disenso, la crítica y la propuesta alternativa, vale decir los derechos básicos de todo ciudadano y los elementos esenciales de todo diálogo? El Gobierno no ha dado ni un solo paso en el sentido democrático. Más aún, declara reiteradamente y al más alto nivel que Chile no volverá a la democracia liberal, que la transición no existe y que vivimos en la normalidad.

La Democracia Cristiana tiene una clara idea de lo que debe ser una democracia y es éste su capital moral. En estas circunstancias hay que ser realistas y reconocer una situación de hecho. No acepta la violencia como método para salir de esta situación aunque es de temer que ella irrumpa si no se busca, sin soberbia y con respeto mutuo, una solución, que sea real y rápida.

Los partidarios del régimen proponen un debate pero se colocan dentro de un marco en el cual el opositor está maniatado, porque es la autoridad la que no permite las condiciones mínimas para que el debate sea posible y todos estén en igualdad de condiciones. Por ese camino no se llegará a un debate nacional ni, por tanto, a una solución del problema político que está en la base de la crisis económica y social. Por el contrario, se acumularán presiones y críticas porque ya no hay un sector en el país que no esté profundamente afectado y, sin esperanzas.

Con claridad se ha planteado la voluntad de entablar un debate sobre el presente y el futuro de Chile sin exigencias inútiles. Es ahora el tiempo, aunque tardío, para refundar la seguridad interna y externa que sólo puede basarse en una trilogía de exigencias inseparables: Democracia, Desarrollo Nacional y Pacto Social entre el Estado, los empresarios y los trabajadores en un plano de libertad, de dignidad y de justicia.

Esta actitud se basa en el patriotismo y en la angustia de comprobar cómo las tensiones se ensanchan, el pueblo se desespera y el país se reduce.

Saluda atentamente a Ud.

Gabriel Valdés S.